Y EL VERBO SE HIZO CARNE

Una gota de aceite resbalaba suavemente por la piel de la espalda de la Pérez. Esta se encontraba en una de sus numerosas sesiones de masajes que recibía desde ya hacía algunos años. Rosi Pérez, a sus treinta y cinco años, ya sabía lo que era disfrutar de las mieles del triunfo como escritora. En su país, el de la piel de toro, era un personaje del todo controvertido; tan odiado como amado. Repudiada por parte de la intelectualidad de la nación, por considerarla una ignorante atrevida, y muy querida por el pueblo, por verla como un personaje sencillo y divertido, la Pérez, tan pronto alternaba en los programas sensacionalistas de la caja tonta como la dejaban presentar su nuevo libro en una de las más reputadas y prestigiosas librerías de la capital.

De repente, en medio de la sesión de masajes, se oyó sonar su teléfono móvil, cuyo sonido era el de la canción popular de ese verano. La Pérez, con voz sigilosa, contestó a la llamada en una lengua del todo exótica. Acto seguido, dio por terminada el matutino masaje, y, tras arreglarse, cogió a su perrita Lilí, una fémina de raza caniche, y se dispuso a salir del centro de estética.

En otro lado del planeta arriba, más arriba, cerca del Polo Norte, el honorable Peter Bergman se disponía a salir de casa para dirigirse a La Real Academia Sueca, no sin antes darle un beso, justo en el epicentro de la mejilla derecha, a su mujer, como lo había hecho durante los ya treinta años de su matrimonio. Hombre de rancias costumbres, siempre había sido un mediocre intelectual, hasta que de repente comenzó a brillar en sus discursos, siendo esto así que incluso llegó a ocupar el puesto de presidente de La Real Academia de la Lengua Sueca. Su mujer, también una

intelectual, pero, a diferencia de él, esta siempre brillante, fue la primera en mostrar un gran sentimiento de asombro al ver la reciente meteórica carrera de su marido.

Mientras, abajo, más abajo, en una de las universidades de la capital del país de la piel de toro, concretamente en el departamento de la Facultad de Filosofía, un austero becario, Eliseo Martínez, y su director de doctorado, el brillante catedrático de filosofía clásica Arcadio Rodríguez, mantenían una nutrida charla sobre el estoicismo filosófico. En esos intercambios de ideas era cuando Eliseo más admiraba, si cabe, a su eminente profesor. Eliseo lo admiraba tanto que hasta imitaba incluso su forma de vestir: un pantalón y un jersey clásicos, envueltos en el frío invierno de la capital por un abrigo también de corte clásico, hasta tal punto que viéndolos a los dos con sus respectivos abrigos no dejaban de evocar la austera figura de dos curas con sotana.

Tras acabar el fructífero intercambio de ideas entre profesor y alumno, el primero de ellos invitó al segundo a que asistiera a una presentación de un libro de musicología que había publicado recientemente un colega de la universidad. Eliseo enseguida le dio su aprobación a su admirado profesor, dando por hecho la brillantez del que iba a estar adornado el vespertino acontecimiento cultural.

Y llegó la tarde del evento y la librería donde se presentaba la obra estaba a rebosar. Eminentes profesores, brillantes escritores, actores de teatro y de cine. En definitiva, toda la intelectualidad de la capital se hallaba en la amplia sala de conferencias, adornados por los flases de varios fotógrafos de los distintos medios de la prensa escrita que se daban allí cabida. Arcadio Rodríguez ocupaba un asiento delantero en el local de conferencias cuando se dio la

vuelta y pudo comprobar la triunfante entrada de Rosi Pérez, que tenía entre sus manos a su perrita Lilí y entorno suyo, disparando frenéticamente sus flases, a todos los fotógrafos del acto. La Pérez cruzó su mirada, de forma aleatoria, con la de Arcadio Rodríguez, y el flechazo fue instantáneo. Hasta ese momento el señor Rodríguez había despreciado siempre a la Pérez por considerarla una descerebrada con suerte, pero en ese momento todos sus prejuicios se cayeron, como el telón en un teatro, y se enamoró locamente de ella. Eliseo Martínez, que estaba sentado a su lado, no se percató de esa mirada electrizante entre ambos y se dispuso a interrogar a su admirado profesor acerca del libro que se presentaba. Arcadio Rodríguez estuvo toda la presentación ausente y ello si lo notó el bueno de Eliseo. Fue entonces cuando el becario pensó que había reñido otra vez con su mujer porque de todos era sabido que el matrimonio del eminente profesor no es que fuera de rosas.

Tres meses después la Pérez y Arcadio Rodríguez eran la nueva pareja de moda de la alta sociedad del país. Tras un divorcio express, el eminente intelectual tenía la resuelta intención de pasar por el juzgado y, si hiciera falta, hasta por la vicaría, ya que la flamante escritora se definía como creyente católica, aunque fuera a la iglesia solo, si me apuran, una vez al año. Y fue precisamente en una misa de domingo, donde un joven cura del Arzobispado de la capital, el cual recibiría, por lo que sigue, la amonestación del mismísimo Arzobispo, dijo en su homilía que, después de Jesucristo, a la única persona que se le podía decir que era el mismísimo Verbo hecho carne era a la Pérez. No en vano, su uno ochenta de estatura, su cuerpo macizo de guitarra española, su

cara de rasgos sensuales: de nariz respingona y un par de enormes ojos verdes y su pelo de rubia oxigenada hacían que el verbo que desplegaba en sus libros se encarnase en su rotundo cuerpo, haciendo de su obra y de su vida dos dimensiones inseparables.

Desde que la Pérez y Arcadio Rodríguez eran pareja, Eliseo Martínez fue sufridor testigo de ver el cambio operado en su admirado profesor. Muestra de esta transformación, inversa a la de la naturaleza, donde se da el caso de pasar de feo capullo a hermosa mariposa, era que don Roberto en pocos meses pasó de ser un referente del buen gusto vistiendo a convertirse, como diría Margarita Ruiseñor, eficiente ordenanza de la facultad de Filosofía, en un poligonero. Daba fe de ello cómo iba vestido en el día de la cita con el Rector, que tenía por objeto que don Arcadio, que ,además de gran profesor , era decano de la Facultad, le dijese al mando supremo de la universidad los proyectos que tan brillante intelectual tenía para con su departamento. Así, iban en procesión el honorable rector, don Arcadio, el ilustre secretario y, como representante del alumnado, ¿cómo no?, Eliseo Martínez. Destacaba del grupo don Arcadio, ya que estaba ataviado con un chándal y unos adornos que la plena luz del día los hacían relucir. Las filigranas en cuestión eran dos cadenas de oro macizo rodeando su cuello, de las cuales pendían de una de ellas un enorme crucifijo, y de la otra una no menos grade medalla de la Virgen de la Milagrosa. A todo ello se le unía otra cadena, también de oro, que adornaba su muñeca haciendo juego con el reloj. Por esto y por más que relataremos a continuación, el rector meditó, finalizada la jornada, ya en su casa, que ese día había sido uno de los más surrealistas de su existencia, llegando a pensar que la

febrícula que tenía a causa de una incipiente gripe le había producido ciertas alucinaciones. Empezó el rector, en su cadena de visiones, por ver la guisa con la que estaba don Arcadio, a ello le siguió, cuando entraron en el edificio departamental, una imagen del generoso escote de Margarita Ruiseñor. No en vano, entre el alumnado era famoso el dicho que decía así. “das más vueltas que un profesor preguntándole cómo funciona el proyector a Margarita Ruiseñor” y el dicho decía así, valga la redundancia, porque el escote de la Ruiseñor era del todo exuberante y no había profesor que, durante las explicaciones del funcionamiento del proyector, las cuales la Ruiseñor las hacía con todo el esmero del mundo, no se embobase con su escote, de tal manera que la mirada del profesor se suspendía sobre su canalillo y de todo lo que oía por parte de la Ruiseñor no entendía absolutamente nada, teniendo que acabar Margarita por poner en marcha el proyector ante las idas y venidas para preguntar en balde del profesor en cuestión, que se producían como consecuencia del total y repentino ensimismamiento del pedagogo ante el susodicho escote . Pues bien, ese mismo ensimismamiento lo sufrió el rector cuando le presentaron a la señorita Ruiseñor, diciendo de ella don Arcadio que era, sin duda alguna, la ordenanza más eficiente de toda la facultad. Pero no solo sobre el escote de la Ruiseñor dirigió la mirada el rector sino que también hubo una imagen de lo más harto surrealista que experimentó la retina de la máxima autoridad académica. La estampa en cuestión era la protagonizada por el personaje de Segismundo, toda una institución en la facultad, cuyo brazo salía de un perchero que estaba detrás de la Ruiseñor, intentando imitar a los demás brazos de madera, pero, a diferencia de estos, del suyo pendía un cartón de vino. Así entre sombreros, abrigos y demás

gabardinas, Segismundo hacía suyo el pensamiento de Aristóteles de que el hombre mimetiza la realidad.

La figura de Segismundo bien merece un aparte en la narración de esta historia. Segismundo era un borrachín que toda la facultad había adoptado en un gesto de filantropía, ya que no se podía decir en medio de un ambiente laicista, como era el que reinaba en semejante lugar, que fuese en un acto de caridad cristiana. Se sabían cosas de Segismundo no por lo que este decía, que no dijo ni una palabra en todos los años que llevaba siendo parte de esa gran familia, sino por lo que hacía. Así, no era infrecuente encontrarlo haciendo eses por el pasillo del edificio departamental, a la vez que con una de sus manos llevaba un cartón de vino. Se decía que era un fiel seguidor de la Filosofía Clásica, pues no se perdía ninguna clase sobre esta materia y los alumnos se maravillaban de cómo iba haciendo eses por el pasillo y en una perfecta sincronía se adentraba en la clase de filosofía el último, aprovechado la última ese, justo antes de que el profesor cerrara la puerta.

Cuando Margarita Ruiseñor supo que estaba a punto de venir el rector, se acordó de Segismundo y exclamó, con gran sorpresa y preocupación: ¡Segismundo! Acto seguido, sentada en su silla de ruedas y metida en su cubil, el cual era una construcción de madera hasta la altura de la cintura y de cristal hasta el techo, de tal forma que parecía una capsula espacial, Margarita Ruiseñor empujó, apoyando las manos sobre la mesa, su silla de ruedas hacia atrás, se levanto y salió en un pispas de la oficina y corrió con sus tacones a saltitos, como lo hace un gorrión, hasta llegar al aula de Filosofía Clásica. Abrió la puerta de la clase en donde se impartía la

materia de Filosofía Clásica y vio a Segismundo, como era usual, con su cartón de vino, en la primera fila. Lo cogió por la oreja y con gran decisión lo arrastró, ya fuera del aula, hasta llegar al perchero, justo unos segundos antes de llegar el rector, ocurriéndosele sobre la marcha el esconderlo detrás de esta parte del mobiliario. Y así fue como Margarita Ruiseñor recibió al rector, como si nada hubiese pasado.

Hecho este inciso, volvamos al paseo de la comitiva. Prosiguieron los sentidos del rector captando cosas absurdas, pero ahora no a través de la vista sino del oído. Escuchó no solo el rector sino toda la comitiva, y en especial, de entre ella, Eliseo Martínez, las nuevas y revolucionarias innovaciones que pretendía implantar don Arcadio Rodríguez. Así, llegaron a una amplia sala desmantelada de todo vestigio mobiliario y en la que el decano explicó que allí se iba a montar una peluquería que, en principio, era para las alumnas, pero que decidió, en el último momento, que fuera unisex, para no fomentar la ideología machista tan presente aún en todas nuestras universidades. Le parecía a don Arcadio que las privilegiadas cabezas de los alumnos no solo debían de estar tratadas desde el punto de vista intelectual, desde dentro, sino que también merecían un cuidado estético de lo externo. Ante el anuncio, el rector quedó tan sorprendido por la idea que esta descoloco sus acostumbrados buenos reflejos dialécticos y el buen hombre no atinó a decir nada. Siguió andando la comitiva, esta vez por el exterior del recinto, y al pie de una gran cantidad de metros cuadrados de césped sin utilizar, el decano dijo que allí se iba a construir un campo de futbol, también unisex, siguiendo la política no sexista vigente en los tiempos que le había tocado vivir. El bueno

de Eliseo, por su parte, no pudo más que padecer en silencio, como una mujer sufrida en su matrimonio por las muchas infidelidades de su marido, el cambio de ser tan espantoso que había sufrido su admirado profesor por culpa de esa descerebrada de nombre Rosi Pérez.

Pocos meses después salió la noticia de que Rosi Pérez iba a ocupar el sillón de la zeta mayúscula en La Real Academia Española. Cúmplase así el dicho de que los últimos serán los primeros. La Pérez y don Arcadio, ante este acontecimiento, no cabían de gozo, celebrándolo con una cena copiosa en uno de los mejores restaurantes de la capital. Pero Rosi Pérez no solo iba a experimentar esa tan grande victoria sino que arriba, más arriba, cerca del Polo, La Real Academia Sueca pretendía nombrarla premio Nobel de ese mismo año. Ante ello, en la Real Academia Sueca, dirigida por Peter Bermang, hubo profundas divisiones, ya que no creían que semejante mujer fuera autora de una obra tan brillante, por lo que decidieron todos, excepto su director, el aquí citado ya Peter Bermang, abrir una comisión secreta de investigación para tener la certeza de que la Pérez no tenía un negro a su cargo que le hiciese tan gran trabajo.

Mientras, abajo, más abajo, en el país de la piel de toro, un detective privado, contratado por la Academia Sueca, por una parte y, por la otra, Eliseo Martínez, coincidirían en la labor de investigar si la Pérez era la que escribía sus geniales obras o si tenía un negro que se las crease. Al primero le llevaba a realizar tal investigación su profesión mientras que al segundo, a Eliseo Martínez, la acción de indagar la provocaba sus enormes celos y la envidia que tenía a Rosi Pérez, ya que su antaño reputado y brillante profesor, había

caído en las garras de la descerebrada de la Pérez y cada vez más se parecía a lo que Margarita Ruiseñor había dicho de su aspecto el día de la visita del rector, a un simple y esperpéntico poligonero.

La vida tiene sus grandes casualidades, pues Eliseo Martínez y el detective encargado por la Academia Sueca para investigar a la Pérez eligieron el mismo día para ir a husmear en casa de la escritora, ambos con una misma intención: el de descubrir pruebas que atestiguaran que Rosi Pérez no era la autora de tan genial obra sino una descerebrada, detrás de la que se encontraba una mente gris que creaba tan brillante trabajo.

No solo coincidieron en el tiempo a elegir sino en una indumentaria parecida: los dos con gabardina y con gafas oscuras. Al ritmo de la banda sonora de la Pantera Rosa, también dio la casualidad que dichos sujetos se habían montado en el transporte público, en la misma parada y que de no ser por el despiste de Eliseo Martínez, que se bajó, por el aturullamiento que le provocaban los nervios, en una parada antes, los dos hubiesen coincidido en la entrada de la casa de la Pérez a la misma hora. Fue primero el detective de la Real Academia Sueca quien de forma pulcra registró toda la casa y vio unos documentos sorprendentes en el escritorio de la Pérez que cogió y se los llevo con la misma limpieza con la que había registrado el resto del domicilio. Mientras el detective de la agencia salía de la casa de Rosi, Eliseo Martínez entraba en el portal, tras caminar a pie la parada del autobús que le distaba de su objetivo. Los dos volvían a coincidir, esta vez a la entrada del edificio, y los dos mostraron gran extrañeza por ello.

Eliseo Martínez cogió el ascensor, sin más dilación, y tocó el botón del quinto. Una vez en el piso de la planta de la Pérez, se

dirigió a la puerta B y, como había visto en las películas de policías y ladrones, allá en su infancia, sacó una radiografía de la espalda llena de artrosis de su bendita madre, que había cogido en casa de esta sin que ella lo supiera, e intentó abrir la puerta. Tras varios intentos, cada vez más desesperados, consiguió franquear el obstáculo y se introdujo, con gran ansiedad, en la casa de la escritora. Pero eh aquí que a los cinco minutos de estar en la vivienda, sin apenas poder ver nada, Rosi Pérez volvía de su cita anulada con don Arcadio Rodríguez, a causa de un pequeño y repentino malestar del mismo. Si Eliseo Martínez ya estaba nervioso, esto fue para él la gota que colmó el vaso. Cuando sitió cómo Rosi habría con sus llaves la puerta, Eliseo marchó despavorido del salón a la cocina y, viendo que había un armario grande, lo abrió, y se pudo meter en él como buenamente pudo. Así, Eliseo se introdujo en el habitáculo que por lo visto estaba destinado para guardar los productos de la limpieza. Sentado sobre un cubo de fregar y cogido a una fregona para no perder el equilibrio, asemejándose así a un Rey Visigodo, con su cetro y sobre su trono, Eliseo espero a ver lo que sucedía. Llegó Rosi Pérez a la cocina, con un ordenador portátil y lo enchufó en una toma que tenía al lado de una mesa. Puso el ordenador sobre la misma y miró el reloj. Eran las cinco de la tarde y en ese mismo instante, cuando el reloj del salón dio las cinco campanadas, los enseres de la cocina comenzaron a vibrar. Incluso la mesa y la silla de la Pérez se sacudían por una extraña energía, que, como un ciclón de viento, se introdujo por la ventana que la escritora había abierto minutos antes. Eliseo, a pesar de estar encerrado en el cubil de los productos de la limpieza, también no fue ajeno a esta rara fuerza que se había apoderado de la casa de la escritora.

Buenas tardes, dijo Rosi Pérez. Buenas tardes, contesto la extraña fuerza ¿Estas dispuesta otra tarde más a recibir mis enseñanzas y dictados? pequeña e inconsciente criatura. Claro, don Miguel, contestó la Pérez. Muy bien, pues sin mayor dilación, yo, Miguel de Cervantes Saavedra, me dispongo a revelarte el discurso de entrada a la Real Academia de la Lengua que llevará por título: “Cervantes desde una mirada íntima”. Ante los acontecimientos de los que estaba siendo testigo Eliseo Martínez, este no pudo menos de, con gran asombro, retrotraerse a su infancia y exclamar un: ¡la pera!, exclamación que solo fue oída por el fantasma de don Miguel, que era el que se encontraba en la zona más próxima al armario de la limpieza. Ante ello, don Miguel, asustado, preguntó con su voz solemne y cavernosa ¿Quién anda ahí? Y Rosi Pérez, no sabiendo lo que pasaba le contestó: Aquí solo estamos usted y yo ¿A qué viene esa pregunta? Acabo de oír ¡la pera! ¡Qué raro!, exclamo la Pérez ¿No será don Lope que me quiere fastidiar el invento?, reflexionó el genio de Alcalá. No, don Miguel, no lo creo. Pienso que usted se está volviendo un poco paranoico como su personaje, Alonso Quijano, o quizás haya escuchado una palabra suelta de la televisión del vecino, pues a veces la sintoniza muy alta. Y ¿qué significa la pera? Pues es una expresión de incredulidad. Pero, ¿por qué la pera? Y no la manzana o el plátano. Ay, yo, ¿qué sé? No soy una erudita como usted. No tengo esas preocupaciones. Pues sepa, señorita, que estas disquisiciones filosóficas son muy útiles para la mayor comprensión del lenguaje. Así que ya lo trataré hoy mismo, por la noche, en mi despacho del cielo, en el que se está muy a gusto. Querida inconsciente y bella criatura, sea lo que sea, tenemos que tener una enorme discreción con los encuentros que hacemos. Precisamente te he escogido a ti para dar por el saco a

toda esa intelectualidad que un día no me reconoció. Pensé, bella criatura, que una mujer como tú sería una figura en las letras españolas del todo iconoclasta, pero mis expectativas se han visto más que colmadas; tu última falta de ortografía supera con creces lo que yo he querido urdir. Pero, en fin, comencemos el discurso de la Academia ¿Estás preparada? Sí, don Miguel, cuándo usted quiera. De repente, la mesa y las sillas de la cocina, junto con todas las ollas y enseres, comenzaron a temblar y los ojos de Rosi Pérez se pusieron blancos como los de los poseídos. El fantasma de Miguel de Cervantes Saavedra la atrapó por completo y comenzó a escribir como una autómata. Ante esta estampa, Eliseo Martínez no daba crédito a lo que veía. Y exclamó lentamente, esta vez para sí: ¡la madre del cordero! Se le aparece el fantasma de Miguel de Cervantes Saavedra y le dicta todo lo que escribe. Ya decía yo que la Pérez era una descerebrada, volvió a pensar, ahora rápidamente. La sesión duraría una hora y, tras ella, Eliseo Martínez se escabulló de la casa aprovechando que la Pérez, después del encuentro con el fantasma de don Miguel, sacó a su perro a hacer sus necesidades.

Y llegó la hora de la entrada en la RAE de la flamante Rosi Pérez. El discurso fue brillante. Todos los académicos, excepto los que despreciaban a la cuestionada escritora, admiraron su erudición sobre la obra y la vida de Miguel de Cervantes Saavedra. Después de la ponencia sucedió algo inédito en la Academia. La Pérez mandó pasar a los académicos a un salón donde se servían licores y canapés, acompañados por una orquesta que tocaba muchas de las piezas relacionadas con la España cañí. Qué decir que hubo cola entre parte de los intelectuales para que la Pérez bailase con

ellos un pasodoble, dándose una imagen del todo cómica, ya que los allí presentes, salvo un par de ellos que sobresalían por su gran estatura, parecían niños de pecho al llegarles sus caras a la altura del escote de la Pérez, porque esta, entre su imponente estatura: un uno ochenta, y sus estilletos de doce centímetros, rondaba cerca de los dos metros de humanidad.

Pasó el día del ingreso de la Pérez en La Academia y Arcadio Rodríguez no podía estar más contento y orgulloso de su pareja. Fue al trabajo, como todos los días, con su flamante coche y, al llegar a pie al edificio departamental, vio a un descompuesto Eliseo Martínez esperándolo en su despacho. Entraron a la oficina primero Arcadio y después Eliseo, y tras un breve saludo, el becario, muy nervioso, le dijo que tenía que darle una mala y escandalosa noticia con respecto a Rosi Pérez. El siempre amado profesor por parte de Eliseo, a pesar de haber experimentado un gran cambio: de ser un hombre elegante, tanto en su aspecto externo como en su interior, a transformarse en ambos campos en un hortera poligonero, acogió con pena y total incredulidad la noticia que Eliseo le había comunicado: que Rosi Pérez no era la autora de tan genial obra sino que tenía un negro y que este era ni más ni menos que el fantasma de don Miguel de Cervantes Saavedra. Arcadio Rodríguez no pronunció ni palabra y pensó que Eliseo Martínez había, llevado por los celos hacia la Pérez, definitivamente perdido la cabeza. Eliseo marchó del despacho abatido y apesadumbrado y Arcadio empezó su jornada matutina con preocupación por lo que le estaba pasando a Eliseo.

En el otro extremo de la piel de toro, arriba, más arriba, tuvo lugar la reunión de académicos de la lengua sueca, en donde se

iban a presentar los trabajos de las investigaciones acerca de si Rosi Pérez tenía un negro o no, realizadas por el detective privado que entró en la casa de la escritora y cogió documentos comprometidos no para la Pérez sino para el mismísimo Peter Bergman. En ellos se veían borradores hechos a mano por la Pérez, en un perfecto sueco, de muchos de los brillantes discursos pronunciados por el director de La Academia. Ante la presentación de los mismos, hubo una gran consternación de los académicos y todos pidieron explicaciones a Peter Bergman, el cual se derrumbó y confesó que la Pérez y él eran amantes y que su de repente adquirida brillantez en su carrera se debía a la aportación de la Pérez en ella.

Al día siguiente, todos los rotativos de la prensa occidental y, sobre todo, de la sueca, hacían mención del escandaloso descubrimiento de que uno de los académicos del país, concretamente el director de la academia de la lengua de la nación, tenía un negro que le hacía todos los trabajos intelectuales, en el mayor de los secretos, y que ese negro era nada más ya nada menos que la famosa escritora española Rosi Pérez. También aportaban datos de cómo se había conocido la pareja clandestina y de su primer encuentro en una estación de esquí suiza. Además, contaban que se veían en secreto durante períodos vacacionales en los destinos más paradisiacos del planeta. Señalaban que la Pérez tenía un extraordinario don para el aprendizaje del idioma sueco y que en apenas un año junto al académico, ya dominaba perfectamente dicha lengua.

Qué decir del impacto de la noticia en España. Algunos no se lo creían, concretamente sus enemigos, aquellos que siempre la

habían visto como una descerebrada. Pero el mayor sorprendido fue don Miguel de Cervantes Saavedra. Cuando se enteró, llegó a la conclusión de que la Pérez era, más que nunca, un verso suelto.

Y ¿qué fue de Eliseo Martínez? Este, apesadumbrado no solo por la noticia proveniente de Suecia y porque nadie le creía cuando decía que el fantasma de don Miguel de Cervantes Saavedra era el negro de la Pérez, sino porque también, a estos hechos nefastos para su vida, se le unía ahora uno que lo apuntillaba como a un toro en una sanguinaria plaza, y este era nada más y nada menos que el protagonizado por Segismundo, sí, Segismundo, el borrachín y talismán de la Facultad de Filosofía, el cual le había ganado por goleada la plaza de profesor titular de Filosofía Clásica, gracias a la autoría de su enciclopédica obra: " Epicuro visto a la luz de un cartón de vino". Por lo que se supo, el bueno de Segismundo, en esos años de entrar y salir de las aulas, sin decir jamás una palabra, había cursado por la Universidad de Educación a Distancia, en el máximo de los secretos, primero la licenciatura y, luego, el doctorado en Filosofía.

De esta forma, Eliseo Martínez, el primer lunes de su nueva vida, sacó sus bultos del despacho de becario y por allí, por el pasillo de la que había sido su siempre amada facultad hasta que intervino en ella la ignorante de la Pérez, arrastraba como un alma en pena, un carrito con las obras fundamentales de toda la filosofía griega: desde sus queridos presocráticos hasta su muy estimado Platón. Eliseo, meditabundo, llegó a la nave espacial de Margarita Ruiseñor y, en un intento desesperado por que alguien le entendiera, se acerco a Margarita, que estaba de pie fuera del cubil, miró de un lado a otro, hizo un chasquido con la boca, como cuando

se llama a un camarero, miró otra vez a los lados para no ser observado y acercó su cabeza a la de la Pérez, concretamente su boca al oído de la ordenanza, susurrándole: señorita Ruiseñor, el fantasma de don Miguel de Cervantes Saavedra es el negro de la Pérez y se le aparece todos los días en la cocina de su casa a las cinco de la tarde. Eliseo buscó en la Ruiseñor un gesto de comprensión ante lo dicho, pero esta lo miró de arriba abajo con cara de conmiseración y pensando para sus adentros: se ha vuelto turulato de tanto estudiar, ¡pobrecito!